

Martín Kohan

Cuentas
pendientes



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © Horacio Coppola, Rivadavia entre Salguero
y Medrano, 1931

Primera edición: marzo 2010

© Martín Kohan, 2010
c/o Guillermo Schavelzon & Asoc., Agencia Literaria
info@schavelzon.com

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2010
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7208-8
Depósito Legal: B. 3454-2010

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Para Horacio y Julio

I

Tengo para mí que Giménez, tarde en la noche, arrastra los pies cuando entra en la cocina. Está cansado, las piernas sinuosas y como de tela, acechadas por calambres, quebradizas. Pero hay algo más que eso en los pies que no despegan del suelo: calza pantuflas, y si las levanta del suelo al dar un paso se le zafan y se le van. El resultado es un siseo que, en el comienzo de la madrugada, y a no ser por las voces que expide desde el cuarto la televisión prendida, resultaría perfectamente audible.

En la cocina apretada del departamento de Giménez, hay espacio apenas para dos: para la heladera y para él. El hecho en sí no lo importuna, dado que vive solo, pero para abrir la puerta de la heladera se ve en la necesidad de hacer maniobras complicadas y juegos de cintura que, a su edad, le cuestan y lo agitan. Luego le pasa siempre lo mismo: que se queda parado delante de la heladera abierta y no recuerda en absoluto qué era lo que venía a buscar. En otra

época de la vida, a los treinta o a los cincuenta años, habría atribuido el percance a la mera distracción; a esta altura, ya casi en los ochenta, se mortifica pensando en el declive de sus facultades.

Se queda parado delante de la heladera, mirando al interior. La luz en la cara y el golpe del frío artificial parecen sumarse en el esfuerzo por despejarlo y ayudarlo a recordar. ¿Qué fue lo que lo trajo a la cocina, qué clase de intención o de deseo? No se acuerda. Lo aflige una opción impensada: que haya venido de manera automática, por costumbre o por aburrimiento, por pura inercia, sin un propósito definido y sin un claro para qué; y en ese caso no hay ninguna chance de que recuerde la razón que lo trajo porque esa razón no existe y nunca existió. No pocas veces se vuelve a la cama tal como vino a la cocina, sin servirse nada ni agarrarse nada, ni feta de queso ni vaso de leche, ni pan con manteca ni manzana, sin siquiera saber a ciencia cierta si la expedición a la heladera perdió su objetivo en el trayecto o si nunca lo tuvo y nada perdió.

Antes de darse por vencido y regresar al cuarto, se concede otra oportunidad. Repasa con la vista los estantes de la heladera, sus cajoncitos plásticos y sus recovecos de la contrapuerta, para que el objeto que eventualmente busca se manifieste y se le revele (apela al mismo recurso entre las góndolas del supermercado, aunque empleando más tiempo y más esfuerzo, cuando acude a hacer las compras para él y para su señora). La circunstancia habitual que por lo común lo deprime, y que es que su heladera luzca casi por completo vacía, juega a su favor en este caso. Hay

poco para considerar: un botellón estriado con agua de la canilla, un cartón de leche con el pico vertedor mal cortado, una bandeja con fetas de queso cuyas puntas a menudo empiezan ya a arquearse hacia arriba, una caja con huevos, un pan de manteca, un paquete de pan lactal.

Se acuerda, sí, de pronto se acuerda: vino por los huevos. Le entró hambre a esta hora tan tardía, casi la una, acaso por lo frugal de la cena de las nueve, el pan con queso y sal que engulló en la cama, mientras miraba en la tele un documental sobre el exterminio de los judíos durante la Segunda Guerra Mundial. Pensaba ya en dormirse, pero le entró apetito. Dos huevos blancos, uno más grande que el otro, reposan entre ranuras, ya que no en la huevera, y con su sola presencia le refrescan la memoria. Vino para eso: para procurarse un huevo duro. Se acuerda justo a tiempo, cuando el frío seco del aparato empezaba a meterse en él por las rendijas de su bata raída. Se acuerda y se felicita, y saca los dos huevos de la heladera, juntos en una sola mano.

Hay uno que está cocido y hay otro que no lo está. De eso Giménez se acuerda perfectamente bien, porque fue apenas ayer, o a lo sumo hace dos días, cuando se ocupó de hervir uno de esos huevos. Lo puso en agua en un cacharrito pequeño y dejó que el agua burbujeara a cien grados durante siete minutos medidos por reloj. Pero en definitiva no alcanzó a comerlo, y ni siquiera a pelarlo, porque hubo algo que lo vino a interrumpir (seguramente su señora, que tocó el timbre para romperle bien las pelotas con un

asunto de último momento). Al cabo de un rato encontró el huevo hervido en el agua otra vez templada, pero ya no lo quiso y lo guardó de nuevo en la heladera.

Ahora tiene los dos huevos frente a sí. Idénticos el uno y el otro en lo fundamental, aunque puede que haya uno que sea de mayor tamaño. Los pone sobre la mesada y los contempla. Por fuera los ve casi iguales, pero le consta que por dentro no lo son. A Giménez le viene entonces una clara idea a la mente, y es que existe un método de prueba poco menos que infalible que sirve para determinar, sin necesidad de romper la cáscara, cuándo un huevo está cocido y cuándo no. Consiste en lo siguiente: se hace girar el huevo con una especie de pellizco ampliado, como se lo haría con un trompo o, en escala menor, con una perinola. Según el huevo gire o no gire, o mejor dicho según gire, porque girar gira siempre, con mayor libertad o con mayor empastamiento, se puede deducir su estado en el interior: si crudo o si cocido.

Giménez hace la prueba, resuelve, repite la operación, confirma. Guarda en la heladera el huevo que según su juicio no ha conocido nunca hervor y se queda con el otro, al que da por duro. Lo pone sobre un platito de café, saca una servilleta de papel del paquete que guarda en el armario, busca el salerito y se lo mete derecho en el bolsillo de la bata. El salerito se escurre por un agujero del bolsillo y cae al suelo con un golpe; de milagro no se rompe, porque es de vidrio, pero Giménez desiste del esfuerzo de recogerlo. Lo hará más tarde, o puede que mañana, y a su pre-

sión arterial, cada vez más proclive a dispararse a cifras de alto riesgo, no le vendrá nada mal esta resignación a lo insulso.

Vuelve a la cama, con la vista ya puesta en la pantalla del televisor. ¿Será cierto que murieron tantos judíos en las cámaras de gas de los campos de trabajo de Polonia, o por detrás está el sionismo fraguando cifras y cultivando la exageración? Giménez apaga la luz del velador, porque le hace reflejo sobre las imágenes de unos barracones algo atestados, y mientras da unos golpecitos al huevo duro sobre el borde grueso del platito de café. La cáscara se parte con un crujido discreto. Por fin se abre. Aun cuando se dejó puesta la bata, por puro olvido y no con intención, es en el medio del pantalón del pijama donde siente Giménez derramarse el coloide helado. Se equivocó de huevo, por supuesto. Hizo la prueba con relativa pericia, pero confundió a todas luces el criterio de la decisión. ¿Cuál era el que giraba ligero: el crudo o el cocido? Ya no importa; lo que importa es que se trajo el huevo crudo a la cama y que al romperlo para encontrar la esfera blanca y en su interior el pimpollo, tuvo este chasco: la baba del huevo sin hacer se derramó encima de él, justo en el pantalón del pijama, más exactamente ahí donde la bragueta cierra mal por los botones que se han desprendido y donde las gotas de orina de cada final de micción han ido, con el paso del tiempo, amarilleando la zona.

Con el propio platito rescata Giménez la yema del huevo, que está casi ilesa. Masculla mientras tanto los insultos más severos, dirigidos todos ellos contra

su propia persona y contra su falta de suerte en la vida. La yema se la sacó de encima casi por completo, y ahora la mira temblar en lo blanco del plato, un poco rencoroso y un poco agradecido, con ese aspecto de sol de crepúsculo que tienen las yemas cuando no existe cocción y que saben conservar en la fritura. Con la clara, sin embargo, no hay solución ni puede haberla. La clara es moco flojo, es babosa y gelatina, es un asco que se derrama y no tarda en impregnarse. Giménez se vale malamente de la servilleta de papel que ha traído, para secarse la ropa y devolverse higiénico. Le sirve de poco. No hace más que desparramar el huevo con ese espeso frotamiento, y muy pronto la servilleta se vuelve un trapito empapado al que no podría retorcer sin suprimirlo. Se harta y descarta todo, entre bufidos y maldiciones varias: la yema bastante intacta, la clara desparramada, el platito blanco y la servilleta hecha un bollo. Descarta todo, incluido el huevo duro, que por necesidad es el otro y que quedó en la heladera, y al que después de tanto disgusto ya no tiene ninguna gana de comer.

Deja todo por ahí, apaga el televisor, se mete en la cama. El sueño no acude. En parte porque se le muestra esquivo en extremo desde hace algunos años (los viejos duermen poco), y en parte porque la humedad del pantalón del pijama se afloja sobre sus zonas más secretas y le hace sentir por momentos que es un idiota total. Mañana será otro día: en esa frase común, que evoca y acaso musita, busca la paz que le permita dormirse, hasta que a fuerza de repetición por fin la encuentra.